



Scipio Slataper

# Mi carso

Traducción y posfacio de César Palma



editorial  minúscula  
BARCELONA





Título original: *Il mio carso*

© de la traducción y posfacio: 2026 César Palma Hunt

Revisión: Marta Hernández Pibernat

© 2026 Editorial Minúscula, S. L.

Sociedad unipersonal

Av. República Argentina, 163

08023 Barcelona

minuscula@editorialminuscula.com

www.editorialminuscula.com

Primera edición: abril de 2026

Diseño gráfico: Pepe Far

Fotografía de la cubierta: derechos reservados

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona

Impresión: Romanyà Valls

ISBN: 979-13-990040-9-0

Depósito legal: B-6.161-2026

*Printed in Spain*



*A Gioietta*





## Primera parte

Querría deciros: Nací en el carso, en una casucha con el tejado de paja ennegrecida por las lluvias y el humo. Había un perro sin pelo y ronco, dos gansos con el vientre enlodado, una azada, una zapa, y del montón de estiércol casi sin paja caían, tras la lluvia, canalillos de jugo pardusco.

Querría deciros: Nací en Croacia, en el gran bosque de robles. En invierno todo estaba blanco de nieve, la puerta apenas podía abrirse, y de noche oía aullar a los lobos. Mi madre me arropaba las manos hinchadas y rojas, y yo me lanzaba a la lumbre, gimoteando helado de frío.

Querría deciros: Nací en la llanura morava y corría como una liebre por los largos surcos, levantando las cornejas que graznan. Me tiraba bocabajo, arrancaba una remolacha y la mordisqueaba, terrosa. Después vine aquí, traté de acostumbrarme, aprendí italiano, elegí amigos entre los jóvenes más cultos; pero pronto he de volver a la patria porque aquí me encuentro muy mal.

Querría engañaros pero no me creeríais. Vosotros sois astutos y sagaces. Comprenderíais enseguida que soy un pobre italiano que trata de enrudecer sus solitarias preocupacio-





nes. Más vale que confiese que soy vuestro hermano, a pesar de que a veces os mire aturdido y distante y me sienta tímido frente a vuestra cultura y vuestros razonamientos. A lo mejor es que os tengo miedo. Vuestras objeciones me van acorralando poco a poco, mientras os escucho desinteresado y contento y no me doy cuenta de que vosotros estáis saboreando vuestra inteligente habilidad. Y entonces me sonrojo y me callo, en la esquina de la mesa; y pienso en el consuelo de los grandes árboles expuestos al viento. Pienso ávidamente en el sol sobre las colinas, y en la fructífera libertad; en mis auténticos amigos, que me quieren y me reconocen en un apretón de manos, en una carcajada sosegada y franca. Ellos son sanos y buenos.

Pienso en mis lejanos orígenes desconocidos, en mis antepasados que araban el interminable campo con el gran arado tirado por cuatro percherones rodados, o en los encorvados con el mandil de cuero delante de las calderas de cristal fundido, en mi antepasado emprendedor que vino a Trieste en la época del puerto franco; en la gran casa verde en la que nací, donde vive, endurecida por el dolor, nuestra abuela.

Era hermoso verla sentada en la amplia terraza, dominando desde enormes explanadas las montañas y el mar, enjuta y resistente al lado de mi otra abuela, la anciana veneciana, rubicunda y despreocupada, de casi ochenta años y aún se le veía el fuerte latido azulino del pulso subir y bajar en la piel blanda como una hoja. Me contaba el asedio de Venecia, lo del costal de patatas en el sótano, de la bomba que destrozó una parte de la casa. Y se tapaba con





un pañuelito blanco los escasos cabellos finos, y era alegre. Cuando venía a comer a casa, mi padre siempre le decía: dichosos los ojos que la ven.

Pero entonces ella no me interesaba. Yo me iba al campo a jugar con los árboles.

Nuestro jardín tenía un montón de árboles. Había un castaño de Indias rojo con dos ramas en forma de horcón en las que había que apoyar el pie para trepar, y si luego no lo podía sacar me dejaba ahí el zapato. Desde la copa veía las tejas rojas de nuestra casa, repletas de sol y de gorriones. Había una especie de abeto, muy viejo, por el que trepaba una glicinia grande como una boa, arrugada, estriada, torcida, que valía estupendamente para las subidas atropelladas cuando jugábamos al escondite. Yo me escondía muchas veces en ese viejo ciprés lleno de huecos tupidos y de matorrales, y en primavera, mientras observaba desde arriba el paso cauto del desanidador, me entretenía chupando el mechón de glicinias que me caía fresco en los ojos como un racimo de uvas. La flor de la glicinia tiene un sabor entre dulce y amargo, extraño, a hojas de melocotonero y un poco como a éter.

Había también muchos árboles frutales, prunos, ciruelos, higueras, especialmente. No bien las flores perdían los pétalos y los pecíolos crecían, yo ya estaba arriba saboreando la fruta, todavía no madura. ¡No madura está rica! La cáscara del hueso está aún tierna, como leche cuajada, y dentro tiene un poco de agua limpiísima y jugosa. Después, pasados unos días, cuando mi madre volvió a salir a la casa





de la tía, era una goma gelatinosa dulce que se chupaba con la punta de la lengua. ¡Pero la carne qué rica es, tan áspera! Al principio cuesta morderla, y se toca con cuidado, mientras la lengua moja y saborea encantada la savia, que da pinchacitos. Luego se mordisquea. Las encías escuecen, los dientes se entrechocan, se vuelven ásperos y rugosos como piedras, y toda la boca se convierte en una riada.

Pero cuando llega el verano, para alcanzar las pocas frutas que quedan hay que ser un lirón. Llegar donde los pájaros no se asustan, porque no están acostumbrados a encontrarnos también arriba. En la bifurcación de las dos ramas más altas me sujetaba con un pie y, manteniendo el equilibrio con la mano derecha extendida, avanzaba como una oruga con la mano izquierda en la rama más larga, conteniendo la respiración: hasta que llegaba al punto donde la rama se doblaba y poco a poco se acercaba hasta mi boca. A veces tenía que soltarla porque la abuela gritaba: «¡Chicos, acabaréis matándoos en esos árboles!» Entonces me callaba, rojo, y me deslizaba hacia el suelo. Había también, pegado al muro de la calle, un tejo negro que descortezaba con facilidad en anchos pedazos para verlo más limpio y más rojizo. Tenía, en la tercera altura, dos ramas como un lecho, donde a veces dormía una siesta; o bien contemplaba desde lo alto a la chiquillería de la calle que se disputaba las bayas rojas que yo arrojaba con autoridad. (Yo no las comía, me daban asco.) Después, envalentonada, la chiquillería empezaba a arrojar piedras, a lo que yo bajaba como un demonio y corría hasta mi portal, arrancaba la varita de hierro que hacía de pestillo,





y corriendo por las calles, casi hasta el centro de la ciudad, con camiseta y pantalones cortos a rayas blancas y azules, rizos largos rubios, gritaba: «¡Dale, dale!» Y por la noche me quedaba dormido tumbado en la cama mientras mi madre de nuevo me quitaba los calcetines llenos de tierra y grava. Mi querida y buena madre.

¡La chiquillería! Hicieron la guerra a terribles pedradas en Sanza, una antigua fortaleza triestina derruida, al lado de nuestra campiña. Los oímos gritar, correr, masacrarse. Eran italianos y negros. Ganaron los italianos. Y uno de ellos bajaba con el cuello partido y cantaba rítmicamente: ¡Pero yo he ganado! ¡Pero yo he ganado!

Yo vi toda la guerra de Abisinia en un gran mapa que mi padre puso con chinchetas en nuestra habitación, y nos explicaba, sujetando el *Piccolo*, por dónde avanzaban los italianos. Abajo estaban, a caballo, con plumas en la cabeza y la cara negra, Menelik y el ras Alula: y yo les plantaba en la nariz el alfiler de las banderitas. Estaba feliz de que los italianos ganasen. Creo que recé por ellos.

Entonces creía en Dios y rezaba todas las noches: «Padre nuestro que estás en los cielos», y luego cerraba los ojos, me quedaba muy quieto, pensando solamente en la persona a la que quería que Dios amase. Y eso era rezar. Y rezaba por mi hermosa Italia, que tenía un gran acorazado, el más poderoso del mundo, que se llamaba *Duilio*. Nuestra patria se encontraba allá, al otro lado del mar. En cambio aquí, mi madre cerraba las persianas en vísperas de la fiesta del em-





perador, porque nosotros no alumbrábamos las ventanas y temíamos que nos lanzaran alguna pedrada.

Pero Italia ganará y nos vendrá a liberar. Italia es fortísima. No os podéis imaginar qué significaba para mí la palabra *bersagliere*.<sup>1</sup>

Nuestra casa era bonita y patriarcal. El vestíbulo era como un gran templo, claro y aireado, a cuyo alrededor giraban las escaleras con balaustradas blancas, enmarcadas en madera brillante, amarillo ocre. En invierno, el sol, que entraba por los ventanales, trataba de alegrar los cactus alicaídos del tío Daghelondai. Era la casa del abuelo, en la que vivían su montón de hijos y su montón de nietos.

El domingo y los días festivos el abuelo se sentaba a la cabecera de la mesa familiar, al fondo. Tenía el pecho robusto, el rostro ancho e indulgente y una gran barba blanquísima. Contemplaba encantado a sus hijos y a las esposas de estos. ¡Cuántos queridos parientes había sentados a la mesa de la gran sala festiva! Todos estaban sentados en su sitio, y cuando llegaban otros, se añadía una tabla a la mesa y se sacaba un mantel más largo del armario. Porque teníamos muchos parientes, y llegaban de Zagreb, de Padua, de América, y traían *baicoli*<sup>2</sup> y juguetes.

1. Los Bersaglieri son un cuerpo de infantería del Ejército italiano. Solían desplazarse en bicicleta. Su nombre significa «tirador certero». (*Todas las notas son del traductor.*)

2. Galletas típicas de Venecia.

